



Consejo Latinoamericano de Iglesias  
[www.claiweb.org](http://www.claiweb.org)

# Curso de Diaconía Ecuménica

---

**V. La diaconía ecuménica es inseparable de la  
koinonía**

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

# CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,  
Procuradora de justicia

## QUINTA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es inseparable de la koinonía

### **Diaconía y koinonía**

El término griego koinonía se emplea como alternativa de “comunidad”. La diaconía y la koinonía son inseparables. Cuando destacamos las expresiones de las experiencias locales y regionales, y cuando interpretamos la situación ecuménica global en el nivel regional, ampliamos y profundizamos la comunidad y el compañerismo ecuménico.

Esta comunidad no es algo abstracto o estático, ni está limitada a los contactos oficiales entre cuerpos eclesiásticos institucionales y sus líderes o representantes. Es, por el contrario, una realidad relacional y dinámica que involucra a la totalidad de las iglesias como manifestaciones del pueblo de Dios. Esa comunidad no es un fin en sí misma: existe para servir como signo e instrumento de la visión y de la actividad de Dios en el mundo.

En este sentido, el Consejo Mundial de Iglesias puede ser descrito como una comunidad de iglesias misionera, diaconal y moral. El Consejo es la comunidad de iglesias en el camino hacia una plena y total koinonía. Tiene estructura y organización para poder servir como instrumento de las iglesias que procuran una koinonía en la fe, en la vida y en el testimonio. Pero el Consejo no se identifica con esa estructura, ni puede efectivamente servir a las iglesias fuera de la constante renovación de su propio compromiso y de su visión ecuménica.

Al establecer esta relación inseparable, aseguramos la integridad y la coherencia de un mismo movimiento ecuménico en todas las regiones, movimiento que busca ser expresión visible de unidad en la diversidad confesional y cultural de las iglesias.

Como escribió el Dr Konrad Raiser en su libro *Desafíos y esperanzas para ser la Iglesia en un nuevo milenio*: “Parece urgente regresar a las formas básicas de conciliaridad mediante el fortalecimiento de la capacidad de reciprocidad, solidaridad, diálogo y resolución no-violenta de los conflictos, y el reforzamiento de los procesos del compartir. El concepto bíblico de *metanoia* – en el sentido de conversión o cambio de corazón– va en esta dirección. Una conversión de esa naturaleza no es un acto momentáneo de decisión moral, sino un proceso de aprendizaje y una nueva forma de vivir”.

Estamos llamados a desarrollar una *eclesiología kenótica* que ayude a las iglesias a reflexionar sobre su vida interna, su administración de los recursos, y la forma en que ejercen el poder.

Es oportuno señalar al respecto lo que destacó el documento de estudio de la 5ta Conferencia Mundial de Fe y Orden, celebrada en Santiago de Compostela en 1993:

“La Iglesia como Koinonía está llamada a compartir no solo el sufrimiento de todos: a defender la causa de los pobres, los necesitados, los marginados y estar a su servicio unida a todos los esfuerzos a favor de la justicia y la paz en todas y cada una de las sociedades humanas, practicando y promoviendo una administración responsable de la creación, manteniendo viva la esperanza en el corazón de la humanidad. La diaconía para la totalidad del mundo no puede ser separada de la koinonía”.

### **La diaconía como el compartir**

Compartir no es algo opcional. Desde el punto de vista del Antiguo Testamento, la naturaleza del compartir es parte del modelo de la alianza. Allí encontramos la “comunidad del pacto”, mientras en el Nuevo Testamento el pueblo de Dios es el cuerpo de Cristo. Esas dos perspectivas se complementan mutuamente para arrojar luz sobre nuestra búsqueda de modelos pertinentes para una vida compartida en comunidad.

La Iglesia es esencialmente una comunidad que comparte. La Iglesia como diaconía está fundamentada en la participación de todos sus miembros en el cuerpo de Cristo, aquel que compartió su vida con nosotros, incluso hasta la muerte en la cruz (*kenosis*).

En este sentido, el compartir juntos durante la eucaristía el cuerpo y la sangre de Cristo, proviene del comer y beber como los paradigmas más poderosos de una

vida compartida. Ello confiere una nueva identidad a la Iglesia, un nuevo pacto en un mismo cuerpo. El paradigma de la eucaristía aporta una relación entre el cuerpo y el pacto. En la eucaristía encontramos la afirmación del pacto y del cuerpo, que se juntan de forma dinámica; al mismo tiempo, en la eucaristía se conjugan la penitencia y la encarnación. Por medio de la eucaristía, la metáfora estática de “cuerpo” se hace orgánica: un nuevo pacto en un mismo cuerpo: “Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condena. Por eso hay entre ustedes muchos débiles y enfermos, e incluso varios han muerto. (1 Co 11, 29-30. Si alguien no reconoce y discierne el cuerpo, resulta enfermo. “Cuerpo” aquí se refiere probablemente a la comunidad. Entonces, si uno no discierne la naturaleza de la comunidad (los enfermos, los pobres, etc.), uno está enfermo.

### **Consecuencias del no compartir (1 Co 11, 30)**

En el diagnóstico de Pablo, la Iglesia de Corinto era una congregación enferma. Confrontada con las demandas de solidaridad inherentes a la Cena del Señor, esa iglesia había fallado.

Las referencias al juicio, enfermedades y muerte, indican cuán crítico consideraba Pablo lo que estaba ocurriendo en esta iglesia, donde los pobres se hallaban marginados. No se trataba meramente de una cuestión de buenos modales, sino del pecado por excelencia: el pecado del egoísmo. Al anunciar el juicio de Dios sobre el culto practicado por personas injustas, Pablo se viste con el ropaje profético de Isaías, Amós y Miqueas:

“Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes; me son gravosas y cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpios, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda”. (Isaías 1, 14-17).

Al juzgar y condenar el comportamiento de aquellos que marginan y humillan al pobre —como era el caso de los hermanos y hermanas de la iglesia de Corinto—Dios está particularmente preocupado con aquellos que están en la situación de mayor necesidad debido a razones sociales, políticas y económicas. Ello se ilustra con la clásica tríada en el Antiguo Testamento: “viuda, huérfanos

y extranjeros”. Dado que estas personas tienen tan limitada capacidad para defenderse a sí mismos, pueden fácilmente ser víctimas de la opresión por personas, grupos o instituciones que poseen mayor poder en la sociedad.

En la parte final que complementa la denuncia de Pablo a los corintios (11, 17-22), el apóstol se refiere una vez más a los problemas surgidos durante la celebración de la Cena del Señor. Para que la comunidad cristiana se convierta en realidad, los corintios ricos no podían continuar aquella práctica según la cual “cada uno se adelanta a tomar su propia cena” (11, 21), porque ello dejaba hambrientos a los necesitados (11, 22), es decir, a los que no tenían los recursos para preparar su propia cena. Pablo les propone algo simple: cuando se reúnan a comer, espérense los unos a los otros y una vez reunidos, compartan los alimentos.

En relación con la segunda advertencia respecto de la cena (11, 34a), Pablo se dirige a los mismos hermanos egoístas mencionadas antes (11, 21-22) para señalarles que si ellos tienen que satisfacer su hambre y no pueden hacerlo en forma fraternal, sin practicar la discriminación, es preferible que “coman en casa”. Lejos de ser ideal, la solución propuesta no pone fin al hambre de los pobres ni permite que el alimento —que algunos poseen en abundancia— sea compartido en el seno de la comunidad. Aunque Pablo se ha esforzado en crear una comunidad de iguales, duda de la capacidad de los hermanos y hermanas de Corinto para realizar este proyecto. Él sugiere, entonces, otra forma que evitará el juicio sobre ellos y que impedirá, al mismo tiempo, que los pobres sean víctimas del egoísmo de sus hermanos y hermanas. La ulterior evolución de la Iglesia cristiana confirma esta separación entre la Cena del Señor y las cenas fraternales.

En razón del carácter radical de la misión de Jesús en el mundo, cualquier trabajo pastoral realizado para adelantar este proyecto no puede contentarse con la armonización superficial de las relaciones; por el contrario, tiene que ir a las raíces de la dominación y la explotación practicada por algunas personas y sectores, sobre otras.

En su poema “La Cena del Señor”, un joven pastor Quiché expresa el significado de esta conmemoración para su pueblo, un pueblo que ha testimoniado cinco siglos de opresión y muerte:

## La Cena del Señor

Somos un pueblo de definiciones claras

Y luchamos por la igualdad,

Igualdad en todos los sentidos

Mientras fomentamos la vida comunitaria.

Cuando todos estemos unidos,

Ven y únete a nosotros, oh Señor

Ven y comparte nuestra mesa

Ven a sentir nuestras penas.

La tortilla que compartimos hoy

Así como nuestro típico plato de maíz

Se ofrecen por el cruel martirio que tú sufriste,

Y también por tu victoria en la cruz.

Esto no es historia muerta o pasada,

No es tampoco doctrina o tradición:

Es tu muerte devuelta al presente

Y también tu resurrección.

Esta cena nos compromete a todos

A vivir siempre en comunión

Compartiendo día tras día

Tu muerte y tu resurrección.

### **Diaconía y kenosis**

La autoentrega amorosa de Dios en Cristo, o el acto de amor de despojarse a sí mismo realizado por Cristo es llamado *kenosis*.<sup>[9]</sup> La *kenosis*, en términos del himno cristológico de Filipenses 2, 6-8, es, en principio, el modelo para la diaconía ecuménica. Esa experiencia kenótica es el renacer de la iglesia como una iglesia viva, una iglesia samaritana que escucha a “los otros” y entra en

diálogo con ellos cuando les sirve; y lo hace no “desde fuera” de su situación, sino del interior mismo de sus luchas, sufrimientos y esperanzas, en nombre del proyecto de vida de Dios para toda la creación.

Como afirmamos en El Escorial, la iglesia como koinonía está llamada a ser ejemplo viviente de una comunidad efectiva del compartir, prefigurando así el compañerismo en el reinado de Dios.

Es importante reconocer y hacer nuestra la “visión eucarística” de Vancouver (1983). Esa visión une “nuestras dos más profundas preocupaciones ecuménicas: la unidad de las iglesias y la sanación y destino de la comunidad humana. La unidad de la Iglesia es vital para la salud de la Iglesia y el futuro de la familia humana... Cristo, la vida del mundo, une cielo y tierra, Dios y el mundo, lo espiritual y lo secular. Su cuerpo y su sangre, dados por nosotros en los elementos del pan y el vino, integran la liturgia y la diaconía, la proclamación y los actos de sanidad... Nuestra visión eucarística, por tanto, abarca el conjunto de la realidad cristiana de adoración, vida y testimonio”.

### Diálogo con el grupo